

Discurso de don Víctor García de la Concha, director de la Real Academia Española



PRESENTACIÓN DEL *DICCIONARIO DEL ESTUDIANTE*

Muchas gracias, Señor, Señora, en nombre de la Real Academia Española y de las veintiuna Academias que con ella integran la Asociación de Academias de la Lengua Española, por aceptar nuestra invitación para presidir este acto en un día familiarmente señalado para Vuestros Altezas. Ello nos permite, ante todo, felicitar a la Princesa de Asturias en su cumpleaños, y cumplir a la vez nosotros con una tradición centenaria, que por ello cobra, en esta ocasión un sentido especial.

Cuando en 1726, a pocos años de su fundación, publicó la Real Academia Española el primer volumen del *Diccionario de Autoridades*, corrió a Palacio para hacer entrega a Su Majestad Felipe V del primer ejemplar salido de las prensas de Francisco del Hierro. Y así continuó haciéndolo con cada obra terminada.

En el curso de la realización de la política lingüística panhispánica que Su Majestad, nuestro patrono constitucional, impulsa con generosidad y entusiasmo, ha correspondido a Vuestra Alteza, Señor, acompañarnos en momentos singulares. Presidisteis, con la venia de S. M., la sesión académica en la que, con asistencia de los directores de las veintiuna Academias Correspondientes, aprobamos el texto de la nueva redacción de la *Ortografía*, por primera vez consensuada. Fue entonces mismo cuando la Asociación acordó afrontar un reto que a algunos se les antojaba utópico: el del *Diccionario panhispánico de dudas*, que da a cerca de siete mil consultas lingüísticas planteadas en los últimos tiempos a las Academias una respuesta acordada por todas ellas sobre la base de la unidad y la variedad de nuestra norma idiomática. Hace un año, acompañado ya de la Princesa, presidisteis en San Millán de la Cogolla la sesión conjunto de la Real Academia Española y de los directores y delegados de las Academias de la Asociación en la que se aprobó el texto básico cuya edición verá la luz dentro de unas semanas. Y poco más tarde, en fin, nos acompañasteis en la presentación de la edición popular del *Quijote* promovida por la Asociación y que en menos de un año ha superado los dos millones de ejemplares, triplicando, en este caso, las cifras de difusión en América a las de España.

Confiamos, Altezas, en poder seguir contando con vuestra presencia en la presentación de nuevas obras. A lo largo de tres jornadas acabamos, precisamente, de examinar la marcha de nuestros trabajos, la renovación sistemática del *Diccionario* de acuerdo con la nueva planta de su construcción, y, sobre su pauta, la elaboración de un *Diccionario esencial de la lengua española* que verá la luz la próxima primavera; el *Diccionario académico de americanismos*, un proyecto que nuestra Academia acarició ya en el siglo XIX pero que solo ahora se hace posible en una acción mancomunada; la *Nueva gramática de la lengua española*, que por primera vez describirá y fijará la norma no solo del español

peninsular sino del de todo el mundo hispanohablante; la necesaria actualización de la *Ortografía* y su aplicación a las nuevas técnicas de escritura informática o, en fin, la magna obra del *Nuevo diccionario histórico de la lengua española*, que el Gobierno de la nación considera un proyecto de Estado y, como a tal, le presta su apoyo decisivo. «Ars, longa». Sí, ciertamente es larga la tarea, mas, como canta Nicolás Guillén, «los montes se hacen llanos / cuando son muchas las manos / y une solo el ideal». Y en este caso más larga y ancha que el trabajo es la voluntad de las veintidós Academias de servir al honor de la nación que es nuestra lengua.

Como fruto de ella presentamos hoy, tras seis años de trabajo, el *Diccionario del estudiante*. Hemos querido hacerlo aquí para subrayar el reconocimiento agradecido de la Real Academia Española y de la Asociación de Academias a la sociedad civil que, a través de la Fundación pro Real Academia, hace posible nuestro trabajo. En este caso, a don Rafael del Pino y a la Fundación que lleva su nombre; la que él ha puesto personalmente en pie como su obra más querida, con el propósito prioritario de contribuir a la mejor formación de los dirigentes de la España del futuro, sobre todo en el campo de la empresa, y, complementariamente, a la defensa del patrimonio cultural hispánico en su doble vertiente de historia y de actualidad viva.

Ningún patrimonio hay más rico en el ámbito cultural de la comunidad hispánica que el de la lengua que la hace ser precisamente eso, una comunidad y no una mera sociedad de naciones. En esa perspectiva, esforzarse en construir un buen diccionario para todos los estudiantes de secundaria de esa gran comunidad puede parecer a primera vista una empresa de corto alcance. No lo creen así las Academias ni lo vio así Rafael del Pino cuando decidió que su colaboración, traducida en ayuda financiera, sí, pero también en estímulo y apoyo constante, fuera el primer programa en el tiempo de las actividades de su Fundación. En los últimos años la lexicografía especializada ha evolucionado mucho y las lenguas occidentales rivalizan, en concreto, en preparar instrumentos de formación léxica para ese decisivo tramo educativo: doce a dieciocho años. Es el tiempo de asentar las bases de la formación de un hombre, de un ciudadano también, y en nuestro caso de una persona consciente de su pertenencia a esa comunidad hispánica que queremos robustecer no solo en su dimensión espiritual sino también en la social y en la económica. Y los cimientos de todo ello son palabras. Los diagnósticos de los actuales sistemas educativos de nuestras sociedades coinciden en denunciar una gran pobreza léxica como causa de una deficiente comprensión y de una limitada capacidad de raciocinio y de expresión: «No pueden conocer el mapa del mundo — se ha dicho recientemente hablando de esos muchachos— ni el mapa de sus sentimientos».

Sería bueno recordar, ante ese problema grave, que la Modernidad, el gran cambio político y social de la historia, nació cuando hombres preocupados por la ciencia y la técnica, por el comercio y las finanzas, decidieron colocar la formación lingüística de sus hijos como objetivo primero de la nueva sociedad renacentista. Se lo cuenta el humanista español Juan Maldonado en su *Paraenesis ad litteras* al joven Gutierre de Cárdenas, hijo del Conde de Miranda, en tiempos del emperador Carlos: «El senado de Venecia —le dice—, corazón del santuario mercantil, de nada se ocupa más que de que los jóvenes bien nacidos aprendan buenas costumbres y las buenas disciplinas, de tal modo que, una vez atraídos por la dulzura de las letras, deseen siempre ir más allá». O bastaría también, en mayor cercanía a nuestro tiempo, recordar a Octavio Paz cuando afirmaba que «la historia del hombre podría reducirse a la de las relaciones entre las palabras y el pensamiento». «Cosas y palabras —añade— se desangran por la misma herida. [...] Se olvida con frecuencia que, como todas las creaciones humanas, los Imperios, los Estados, son hechos verbales. [...] No sabemos en dónde empieza el

mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro». A ello cabe añadir que la unidad del español no es fruto espontáneo de una inercia histórica sino producto de una voluntad positiva que hay que cultivar.

A este propósito de largo y ancho alcance quiere servir nuestro *Diccionario del estudiante*. Un repaso a su hoja de créditos os indicará las muchas manos que han contribuido a construirlo. Porque no nos bastaban, de entrada, los quinientos millones de registros de nuestro banco de datos léxicos. Necesitábamos individuar de manera precisa las palabras utilizadas en los libros de enseñanza secundaria, y con ellas comenzamos por construir un banco de datos léxicos específico, que incorporó, además, otros muchos vocablos hasta formar el conjunto de más de cuarenta mil entradas de que consta este diccionario.

Y de ahí, siguiendo los pasos que ha enumerado don Manuel Seco, que, con su habitual modestia, ha querido encubrir su función bajo el rótulo de asesor, se ha llegado a lo que consideramos más que un diccionario.

Todo diccionario quiere ser un instrumento al servicio de la comprensión en la lectura o en la comunicación oral. Pero, más allá de eso, hemos querido que este *Diccionario del estudiante* sea en sí mismo un espacio atractivo por su riqueza y por la amena presentación de ella. No un mausoleo de palabras yertas ni una colección de mariposas clavadas por un frío alfiler, sino, como Pablo Neruda cantó en su *Oda al diccionario*: mano de mil manos, minero de esmeraldas, manantial de vertientes virginales, magnánimo granero, que día a día, en sucesivas ediciones hemos de ir enriqueciendo. Porque un diccionario del léxico vivo nunca está terminado; es una obra abierta a la evolución que ya el poeta latino Horacio describía: «Renacerán muchas voces que ya han muerto y caerán las que ahora gozan de consideración, si lo quisiera el uso, en cuyas manos se halla el juicio, el derecho y la norma de hablar». Pero queda siempre el granero: «Cada día más hermosas / por más usadas», dice Pedro Salinas en el poema *Verbo*: «Se ennegrecen, se desdoran / oros y plata: / "hijo", "rosa", "mar", "estrella" / nunca se gastan».

La Real Academia Española y la Asociación de Academias han confiado la promoción y distribución de esta obra a una editorial, Santillana, que tiene una extensa red de penetración en el ámbito escolar de todos los países hispanohablantes y que está acreditando su eficacia en la difusión de la edición popular del *Quijote* de las Academias, que ha superado ya los dos millones de ejemplares, triplicando las cifras de venta en América a las españolas.

Cuantos en la Real Academia Española y en las veintiuna Academias hermanas han trabajado en el *Diccionario del estudiante* —sus nombres figuran en la página de créditos— saben que, como ha sido tradición y divisa académica, reciben la gratitud, como decían los Académicos fundadores, en el hecho mismo de «servir al honor de la nación, que es la lengua común». De manera simbólica, a la espalda del título, justo como respaldo, figura la colaboración de la Fundación Rafael del Pino, que recibe pareja gratitud en el hecho de prestar servicio a nuestro mejor patrimonio.

Llegados a este punto, solo me queda, Señor, Señora, haceros entrega del primer ejemplar del *Diccionario del estudiante* salido de las prensas con destino a la Corona. Íntimamente ligado a él va el respetuoso y leal afecto a la real familia de nuestra Academia y de las veintiuna Academias que con ella integran la Asociación

de Academias de la Lengua Española.